

gún la creencia del inventor, para que el cohete pueda entrar en el campo de atracción de la luna. Luego, esta misma fuerza de gravedad de la luna se encargará fácilmente de llevar al cohete a su estación de destino.

Primeramente, Mr. Goddard empleó como carga explosiva pólvora sin humo. Recientemente ha perfeccionado un método de líquido inflamable en una atmósfera de oxígeno puro, mediante el cual puede generarse una fuerza expansiva muchas veces mayor que la producida por la pólvora sin humo.

Ahora bien, ¿será vista desde la tierra la llegada del cohete a la luna? Parece que sí. Su carrera, con la debida anticipación, será planeada y cartografiada, y el lugar de su llegada calculado con la mayor exactitud. También se colocarán potentes telescopios en el lugar de partida. La cabeza del cohete será provista de una pesada carga de pólvora luminosa. El inventor supone que su luz se verá desde la tierra, y no es descabellada su suposición si consideramos que el célebre edificio Woolworth, de estar en la luna, podría ser visto desde la tierra, según los más distinguidos astrónomos.

Si el intento llega a buen fin, habrá empezado la era de las comunicaciones interplanetarias. Claro que esta posibilidad depende de esta pregunta: "¿Hay vida en la luna?"

Acerea de esta cuestión, las discusiones han sido numerosas. La mayoría de las opiniones tienden hacia la creencia de que en la luna no puede haber vida, porque no hay atmósfera. Ninguna investigación telescópica ha descubierto el menor indicio que indique una actividad vital organizada en la luna.

Por otra parte, el profesor W. H. Pickering, notable astrónomo americano, cree que existen señales inequívocas de actividad volcánica en la superficie de nuestro satélite. Y ha llegado a más: ha declarado haber percibido una atmósfera muy tenue, y, hasta en ocasiones, ligeras nevas.

La temperatura de la luna es también un punto de enconada disensión. La ausencia efectiva de atmósfera permitiría la penetración directa de los rayos solares. Pero, igualmente, permitiría la radiación. La luna, durante su "día" de atorece días terrestres, deberá "gozar" una temperatura más alta que la de ebullición, o más baja que la de la nieve.

Sería necesario para el primer intrépido explorador de los espacios que se decidiese a seguir la huella trazada por el cohete del profesor Goddard, asegurarse contra los extremos de calor o frío.



El catedrático de Física de la Universidad de Clark, Worcester (Estados Unidos), Roberto H. Goddard, nos muestra el cohete de su invención, que piensa enviar a la luna.

En cuanto al problema del aire respirable, dice Mr. Goddard: "Es un problema semejante al del submarino. Si un hombre puede vivir durante un largo período bajo el agua, lo mismo podrá vivir, al menos temporalmente, en un vacío parcial. Sobre todo si va provisto de un traje de alta eficiencia aisladora, podría soportar el duro cambio de temperatura."

¿Y qué vida, si alguna existe, hallaría el hombre en la luna? Hay que internarse, otra vez, en el mundo de las especulaciones.

El profesor Pickering opina que la vida en la luna se manifiesta, probablemente, bajo una forma de vegetación primaria.

El profesor Goddard opina, a este respecto, como los numerosos novelistas que han hablado de los habitantes de la luna. "No creo —dice— que, dadas las condiciones físicas de la luna, tales como nosotros las conocemos, la forma de vida en ella sea superior a la nuestra." Y queda en pie el hecho de que nunca se han logrado indi-

cios de actividades lunares semejantes a las de nuestro planeta. Si en la luna hubiera ciudades, nosotros las hubiéramos visto.

Queda en pie otra posibilidad, sugerida por H. G. Wells: la posibilidad de que haya seres vivientes en cavernas ocultas bajo la superficie de la luna, en donde la atmósfera se recoja en sus formas más densas y en donde puedan ser modificadas, hasta hacerlas soportables, las temperaturas más frías o las más altas.

¿Qué especies de criaturas pueden ser halladas en la luna? Seguramente su vida sería bastante diferente de la nuestra, porque la gravitación de la luna es mucho menor que la de la tierra. En la superficie lunar podrían levantarse pesos que en la tierra resultarían inconcebibles.

Los habitantes de la luna, de existir, deben tener pulmones excesivamente desarrollados, para poder respirar aquella enrarecida atmósfera. Sus orejas, asimismo, deben ser muy desarrolladas y han de poseer un oído muy sensitivo, para poder percibir las vibraciones sonoras transmitidas a través de aquel aire tan tenue.

Acaso hayan ideado un sistema de comunicación diferente al sistema de sonidos: un sistema de signos u otro que tenga por base el sentido del tacto, como sucede con las hormigas.

Todo esto—no habrá que decirlo—es edificar en el más puro reino de la fantasía. De cualquier manera, si el cohete del profesor Goddard triunfa en sus pruebas, no tardará mucho en que la fantasía sea sustituida por la verdad de los hechos científicos.



El telégrafo está siendo rápidamente sustituido por el teléfono en las estaciones del ferrocarril de los Estados Unidos.

Una mitad, aproximadamente, de los ferrocarriles nacionales de Suiza son de tracción eléctrica.

Pasan de ocho mil los naufragios ocurridos durante los últimos cuarenta años en las costas de las Islas Británicas.

Los tres únicos mamíferos que no saben nadar si no se les enseña son el hombre, el orangután y el camello.